

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA  
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA  
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
2008

## NÚMERO 94

## Carta de don Roque Abarca a don Félix María Calleja, sobre el estado en que se encuentra Guadalajara desde 1808

Señor mariscal don Félix María Calleja.— Amigo y concolea.— Escribí a usted la enhorabuena de su asenso a mariscal de campo. Bien conoce usted mi carácter, y sabe que no uso otro lenguaje que el de la verdad.

Yo me voy quedando ciego, y si tuviera salud, formaría un extracto de los funestos acaecimientos que ocasionaron la pérdida de esta ciudad; pero no estoy capaz de hacerlo, y me ceñiré a dar a usted una brevísima idea de lo que he probado acerca de mi conducta.

No mando la Nueva Galicia desde que fue depuesto el excelentísimo señor don José Iturrigaray. Se empeñaron sus enemigos en que lo *declarase traidor*, sin declararlo ellos; pero me mantuve firme en mi silencio, aunque subordinado a la autoridad que se estableció en México. Fueron tan débiles e incautos los émulos de aquel jefe, que me escribieron varias cartas desde aquella capital amenazándome si no me declaraba por acusador de mi capitán general, y felizmente conservo estos escritos que he presentado.

No sé qué agentes hubo tan poderosos para conmover a los comerciantes europeos de esta ciudad contra Iturrigaray; todos los que no se mantuvieron indiferentes como yo, me declararon una guerra encarnizada, y quisieron deponerme, lo que dejó de hacerse por no poderse avenir en el modo de sorprenderme. Tengo entendido, que lo ha justificado el caballero Cruz. El partido formado contra mi era poderosísimo, y aunque hubiera sido mucho menor; no habría podido contrarrestarlo por no tener más tropa que la precisa para cubrir escasamente los puntos, quedándose muchos soldados de plantón; y lo peor de todo era, estar satisfecho de que dominado el mismo partido en México, nada tenía que esperar

sino desaires; y para que tome usted una idea de los que sufría, basta decirle, que el comandante de la división del sur don Francisco Palacios de Vilches se fue cuatro veces a México sin licencia mía, y no solo se desatendió mi justo reclamo, sino que habiéndose desertado un hijo suyo que servía de teniente de milicias con nombre supuesto, di parte de sus delitos, y la respuesta fue hacerlo capitán veterano.

Para salir de tan triste situación repetí mis solicitudes de irme a España, y antes de conseguirlo se declaró la revolución del cura de Dolores. En los principios de ella puse un destacamento a las órdenes del capitán de granaderos don Manuel del Río, y se me precisó a permitir que se formase una junta que se llamase *auxiliar del gobierno*, y que fuese déspota.

En una de las primeras sesiones, acusó un magistrado a don Manuel del Río, asegurando que era *traidor*, y que lo sabía positivamente aunque no le era posible revelar el conducto. Venció a los vocales; pero no al don Velasco ni a mí, y aunque logramos que no sufriese un atropellamiento tan benemérito oficial, ya no pude emplearlo privándome de los servicios que hubiera hecho, como los esta haciendo en el día, y sabrá usted por Cruz y los papeles públicos.

Tuve que nombrar comandante al oidor Recacho, y le di a usted aviso de que marchaba a Lagos; pero llegó a Jalos y volvió a Guadalajara sin darle a usted aviso ni a nadie. Entonces se me desertaron los tres escuadrones de día de Nueva Galicia, y tuve aviso también de que estaba contagiado el que guarnecía esta capital, y muy poco tardo en confirmarse, porque se desertó también a las órdenes de un oficial europeo, que fue de segundo comandante del ejercito de Comes Portugal, con el que se reunieron los cuatro escuadrones, las compañías de la frontera de Colotlán, y los indios de la misma.

Mientras experimentaba tantas desgracias me oprimían los europeos con sus

pretensiones, que no podrían creerse si no constaran por escrito. Querían tener seguras sus tiendas en la ciudad, y las muchas que habilitaban en puntos muy distantes; A todo atendí, y armé más de doce mil hombres, pero todos se me desertaron, o por decir mejor, se fueron a los enemigos. Tal era el modo de pensar de casi todos los habitantes de la Nueva Galicia.

Avisaba de estas deserciones a los europeos para hacerles ver la necesidad y precisión de que tomasen las armas manifestándoles la falta de dinero, y di el ejemplo de aprontar cinco mil pesos. Todo fue en vano, se negaron a servir, y a las contribuciones.<sup>1</sup>

Salí de Tonalá con trescientos criollos, y entonces se dispusieron las desatinadas expediciones de la Barca y Zacoalco<sup>2</sup> a mandadas y ejecutadas por paisanos que no habían tomado un fusil. ¡Así fueron las resultas! Perdió Guadalajara la flor de su juventud, y el destacamento de la Barca volvió lleno de terror,<sup>3</sup> manifestando que era imposible la defensa, con lo cual se trató de que huyesen los europeos como lo verificaron la noche siguiente.

La causa formada al comandante del puerto de San Blas, horrorizará a cuantos la vean. Fue depuesto este jefe por los que huyeron de Guadalajara, haciéndose general el desorden e insubordinación, se embarcaron subrepticamente los principales, dejándose en tierra a sus compañeros.

Aquí quedaron algunos europeos, a los que junté para animarlos a la defensa, y levantando uno de ellos la voz dijo... *Que no eran soldados, y no debían cuidar sino del número uno, y de sus intereses.*

---

<sup>1</sup> Tal la pagaron, muriendo degollados como carneros.

<sup>2</sup> Dividir la fuerza que más se necesitaba reunida; ¡qué desatino!

<sup>3</sup> En procesión de Corpus acompañado al divinismo; véase el tomo 1 del cuadro.

Quisimos hablar el doctor Velasco y yo; pero nos dejaron, como dice el vulgo, con la palabra en la boca, y se fueron a esconder donde no los volví a ver más.

Me rodeaban entonces cincuenta mil hombres, y no tenía en la ciudad más maíz que para once días. Mis fuerzas consistían en ciento diez zaragates que acababa de vestir de soldados; y con ellos un oficial veterano, y cinco del país, quise hacer frente a la multitud. Por último, caí en cama, y estándome en ella encomendándome el alma, capituló la ciudad, y dueños ya de ella los insurgentes, me propusieron el empleo de capitán general; no sólo ofrecí el cuello antes que admitirlo, sino que les dije que me degollasen primero que volverme a hacer la proposición.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> En esto hay mucho que rebajar; Abarca había aquí de milicia y táctica, como dije en el cuadro; y uno de los motivos porque Venegas le mandó formar causa, fue por la intimidad con que se trataba con los caudillos principales de la revolución. Supongo que su ánimo distaría mucho de convenir con sus ideas; pero ¿quién juzga de interiores?

Si Abarca hubiera habido la resolución y energía de Calleja; si no hubiera partido su autoridad con esa junta de gobierno que se dejó asociar; si no hubiera temido al partido de los ricos gachupines que se apoyaba en oidores revoltosos de aquella audiencia, como Recacho, que además le echaba de militar por haber servido en la guardia del príncipe de la Paz Godoy; Abarca habría mostrado la energía de Calleja, y aquella brigada hubiera resistido y recibido todo el golpe con que le amagaban los comandantes de la insurrección; conózcase ya si he dicho bien en mi primer libro, admirando la conducta militar de Calleja.— *Carlos María Bustamante*

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza  
Rosa América Granados Ambriz  
Raquel Güereca Durán  
Gisela Moncada González  
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado  
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602